Con miedo y sin libertad

ISABEL SEGOVIA OSPINA



LA HUMANIDAD ES ASOMBROSA. HA logrado hazañas extraordinarias superando todos los desafíos y sobreviviendo a todo tipo de calamidades. Este no será su fin, pero como la historia de la civilización se cuenta en siglos y la de las personas en años, nos cuesta, sobre todo en las crisis, creer que una vez más saldremos adelante y que la vida triunfará. Lo que nos debe preocupar es cómo lo lograremos, qué sacrificaremos en el proceso y qué repercusiones tendrán nuestras acciones sobre nuestras vidas y sobre la vida de las futuras generaciones.

La humanidad lleva siglos tratando de construir sociedades democráticas, autónomas, creativas, equitativas y responsables, y, aunque todavía falta, ha avanzado significativamente en este propósito. También ha progresado en su proyecto de unirnos como colectivo, eliminando fronteras físicas y barreras culturales, sin someter al individuo. Sin embargo, en estos momentos la crisis está poniendo a prueba esta asociación y, como en un trabajo en grupo, si no asumimos cada cual nuestra tarea, el sacrificio de la actual y de las próximas generaciones será mucho más grande de lo necesario.

Lo que inquieta es que nuestro actuar esté siendo motivado no por esta responsabilidad que tenemos de cuidar a la humanidad, sino por el miedo individual. Nada más peligroso que el miedo. El mundo ya venía dando muestras del tipo de cosecha que se produce cuando una sociedad es manipulada por sus propios temores: líderes autoritarios, populistas y extremistas incluso en naciones con libertades consolidadas y democracias supuestamente sólidas. Evidentemente la epidemia asusta, y por eso como individuos debemos ser responsables cuidándonos y cuidando a los demás; pero lo que más atemoriza es la autorización que el miedo colectivo les brinda a quienes tienen poder, caldo perfecto para el autoritarismo.

Llevamos años peleando por el reconocimiento a la diferencia y el respeto de las libertades individuales. Siglos tratando de que no nos traten como rebaño, para que ahora, por el miedo, nos convirtamos todos en corderos. Los colombianos hemos crecido con miedo, lo hemos ido superando, pero ha tomado décadas. Llevamos años eligiendo mandatarios que de una forma u otra nos han manipulado con el temor a la guerra y a la inseguridad. Finalmente, cuando teníamos un país que avanzaba en su proceso de paz, parece que nos vamos a volver a entregar al miedo. Necesitamos gobiernos al servicio de todos sus ciudadanos y no gobiernos controlándonos, al servicio de unos cuantos, como lo muestran las medidas que se han tomado para proteger, por ejemplo, a los bancos y no a los hospitales, ni a los niños para que puedan continuar su proceso educativo y de desarrollo en estas circunstancias.

Cuando tenemos miedo nos gusta que nos protejan, que decidan y que piensen por nosotros. Es cómodo y la situación actual es perfecta para dejarnos mandar y controlar, pero si no recurrimos a la inteligencia, a la duda, al manejo de las emociones y a la responsabilidad, el impacto de esta pandemia será mucho más grande que el de la enfermedad misma. Además de perder vidas y sufrir un grave retroceso en la superación de la pobreza, perderemos también nuestra esencia: la libertad. Será un triste legado para la generación siguiente, que, en este momento y por culpa nuestra, ya está creciendo con miedo y sin libertad.

DE LABIOS PARA AFUERA



“Ahora es un gran momento para construir un oleoducto porque no puede haber protestas de más de 15 personas. Hagámoslo”.

Sonya Savage, ministra de Energía de Alberta, en Canadá. Hablando en un podcast, Savage agregó que “la gente no va a tener la tolerancia ni la paciencia para que las protestas interrumpan el trabajo de otras personas”.

Betto



Recorte de personal

Gestión ciudadana y vida silvestre

JUAN PABLO RUIZ SOTO



EN ESTOS TIEMPOS, CUANDO LOS humanos nos refugiamos temerosos en nuestras casas y las carreteras quedan vacías, en las redes sociales aparecen imágenes que alegran a muchos al ver que la vida silvestre retoma espacios de los cuales había sido desplazada. Al oír que los riesgos de nuevas pandemias aumentan en la medida en que se incrementa el desequilibrio ecológico y sube la contaminación, surge la pregunta: ¿qué debemos hacer para generar una mejor coexistencia con la naturaleza?

En áreas rurales y centros urbanos la respuesta tiene similitudes y diferencias. En todas partes tenemos que dar mayor espacio a lo natural y aprender que el bienestar y el progreso no están relacionados con el permanente crecimiento económico de un país, por la cantidad de energía que consumimos ni por la capacidad de transformar el medio natural.

En viviendas y oficinas debemos superar el concepto según el cual lo mejor es tener espacios herméticos con aire acondicionado. Adoptemos una arquitectura bioclimática y rodeemos de naturaleza el entorno urbano. Reemplacemos prados y cemento por árboles y plantas. Es armónico y saludable compartir los espacios urbanos con la vida silvestre. En el campo, superemos el concepto de los abuelos, según el cual lo virtuoso es “tener la finca limpia, sin bosque ni maleza, como una mesita de billar”.

Individuos, gobiernos y entidades internacionales pensamos durante mucho tiempo que el progreso estaba en transformar los espacios naturales en espacios artificiales. No hace mucho, en la década de 1980, el gobierno de Colombia ejecutó un crédito del Banco Mundial (Caquetá Fases I y II) cuyo propósito fue colonizar la Amazonia. Invitó a campesinos sin tierras a ocupar el piedemonte caqueteño y a deforestarlo para “civilizar” esas tierras. Además, dio crédito para hacer potreros y establecer ganadería.

En teoría las cosas han cambiado, pero los actores que están en los frentes de colonización actúan de manera muy similar a como se actuaba en 1980. Aún los propietarios del suelo piden crédito para ganadería y el 95 % de los créditos que otorga el Banco Agrario en la Amazonia son para ese negocio. Aún se piensa que, para poder reclamar un título de propiedad, es necesario demostrar “tenencia de buena fe” por haber transformado el bosque en pradera.

Sobre la Amazonia, el Pacífico y algo en los Andes se han emitido sentencias que obligan al Gobierno a actuar con responsabilidad y asegurar la integridad ecosistémica y la gestión de territorios sostenibles para beneficio de los habitantes locales y de todos los colombianos. Pero la realidad sigue ignorando las sentencias.

La pandemia nos obliga a pensar distinto, no es suficiente sentir emoción por la reaparición transitoria de fauna en ciudades y campos. Debemos cambiar nuestra relación con el entorno, y como lo ordena la Constitución y la ley, recuperar las cuencas hidrográficas, restaurar los bosques ribereños en ríos y quebradas, y proteger nacimientos de agua y humedales. Debemos desarrollar mercados para que los productos del bosque tengan valor comercial, compensar a campesinos y comunidades que adelantan acciones de recuperación y protección de cuencas y cambiar la ganadería extensiva sin árboles por sistemas silvopastoriles, entre otras acciones.

Tenemos herramientas y ahora mayor conciencia de la urgencia de parar la guerra contra la naturaleza. ¡Lideremos el proceso desde las comunidades!

EL ESPECTADOR

El Espectador. Editado por Comunican S.A. Calle 103 N° 69B-43 Bogotá , Colombia **Conmutador:** 4232300 **Fax:** 4055602 **Línea de servicio al cliente Bogotá** 4055540 **Línea de servicio gratuita nacional** 018000510903 **Redacción:** 4234822 **Suscripciones:** 4055540 o a la **línea gratuita nacional** 018000510903 **Publicidad: Caracol Unidad de Medios:** 4232300 ext. 1290 - 1565 **www.elespectador.com**

Cartas de los lectores

Sobre la petición de rescatar el arte colombiano

Y, sin dudas, el comprometido gobierno de Iván Duque lo hará. Y acontece que muchas más cosas haría si en nuestro medio no estuviesen empeñados en la cerrera oposición en entrabarle sus propositivos planes de ayudas e inversión.
Bien decía, o se preguntaba, recientemente un intelectual europeo luego de su vista a Colombia: “¡Y en ese canibalismo feroz que los caracteriza, cómo puede buenamente un presidente desarrollar sus planes de inversion!”.
El excelente manejo que ha habido de la pandemia por parte de Duque no admite reparos sobre su evidente capacidad de orientación en este gravoso asunto en que muchos otros mandatarios del mundo han mostrado su abierta incapacidad y ausencia de percepción en lo que nuestro mandatario ha sido todo un maestro y nos ha mostrado su don.

Carlos Morales.

Sobre la petición de rescatar el arte colombiano II

Los chinos hacen de los cuernos botones y figurines, los franceses un drama o una comedia, los gringos un clarín de guerra, los españoles una fiesta brava. Todo es arte en el mundo moderno... aunque el arte de los colombianos, “el país más feliz del mundo”, es solo sobrevivir en la implacable ley del rebusque, con el “todo vale” o el “todas las formas de lucha”.

Julio H.

Sobre la petición de rescatar el arte colombiano III

La publicidad, que es la gran alcahueta del consumo, se puede poner al servicio de una causa noble y educativa como es el teatro.
Mi propuesta es convencer al Gobierno de que apoye una campaña publicitaria masiva, avasalladora, inteligente y atractiva, con obras clásicas (colombianas o no) y llevar a la gente al teatro, a todos los teatros de los que se disponga, con sesiones bien preparadas, con públicos ordenados y conforme a las recomendaciones de salud, y que dure hasta que las cosas se enderecen un poco.
Es como un gran empujón de arrancada para salir de la pereza; tal vez después la gente se mueva (nos movamos) por sí sola.

F. Tostón.

Envíe sus cartas a lector@elespectador.com

pressreader PRINTED AND DISTRIBUTED BY PRESSREADER PressReader.com +1 604 278 4604 COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW